



# Los Concilios y Conferencias Generales Episcopales de América Latina

ALEJANDRO HERNÁNDEZ

Durante el tiempo de la colonia española y portuguesa en América la vida eclesial fue organizada y dirigida por las monarquías de esos reinos. Esta potestad se llamaba el real patronato, esto es, el rey era el "patrón" que cuidaba y promovía a la Iglesia en sus dominios americanos. El Papa y la curia romana no podían dirigirse directamente a los obispos y fieles americanos. Si querían hacerlo debían obtener la autorización de los reyes, y, en varias ocasiones, no faltaron conflictos y desacuerdos. En el caso español, quien verdaderamente ejercía el real patronato era el Consejo de Indias. Una especie de super ministerio que tenía el rey para gobernar América. Hay que decir que, en la primera parte de la colonia, tal situación fue más bien beneficiosa.

Durante este tiempo colonial los "concilios" americanos importantes fueron los que se realizaron en el siglo XVI con el fin de poner en práctica las reformas aprobadas por el concilio de Trento. Se efectuaron en las dos grandes capitales virreinales, que también eran centro de provincia eclesiástica: México y Lima. En cada una de estas sedes se realizaron tres: México: 1552, 1565, 1585 y Lima: 1551, 1567, 1582. Este último fue convocado por el destacado arzobispo Toribio de Mogrovejo. No perdamos de vista la inmensidad de las distancias y las grandes dificultades para el transporte.

Luego de las serias turbulencias generadas por la independencia de las colonias americanas, la situación de la Iglesia Católica fue más bien dura, le costó adaptarse a la nueva reali-

dad y se vio envuelta en los constantes conflictos generados por los partidos liberales y conservadores. La jerarquía se esforzó por restaurar la vida de fe de los fieles, por tratar de que cada sede episcopal tuviera su obispo y que hubiese suficiente clero. Luchó también por defender sus derechos y los privilegios heredados del pasado colonial. Fueron tiempos de debilidad, por un lado, y, por otro, positivamente, donde se puso de manifiesto el valor de la religiosidad popular para mantener viva la fe del pueblo creyente.

Sólo al final del siglo XIX se estuvo en capacidad de realizar, por primera vez, un concilio que involucrara a todas las arquidiócesis y diócesis -113- latinoamericanas de entonces. La iniciativa vino del papa León XIII. Luego de varias deliberaciones se realizó, en Roma, el concilio plenario



CELAM

latinoamericano de 1898. Puede extrañar que esta asamblea episcopal se realizara en Europa en vez de una metrópoli americana. Entre las razones de esta decisión estaba el deseo de manifestar apoyo y aprecio al pontífice y porque todavía las comunicaciones entre los países eran deficientes. El gran valor del concilio plenario no fueron sus conclusiones, sino que los obispos tuvieron una primera experiencia de cohesión continental en el interior de la Iglesia y empezó a germinar una conciencia unitaria de la iglesia latinoamericana. El episcopado latinoamericano salió del fragmentarismo y se captó como fuerza, capaz de incidir en el continente y en cada país.

Posteriormente nos encontramos con la primera conferencia general del episcopado latinoamericano. Se trata de Río de Janeiro, 1955. Predominaron las preocupaciones pastorales: los peligros a la fe católica (protestantismo, espiritismo, superstición, masonería), la escasez de sacerdotes; si bien no faltaron temas de carácter social: pobreza y desigualdades y la situación de las poblaciones afroamericanas e indígenas. También de esta confe-

rencia salió la iniciativa de fundar el CELAM, consejo episcopal latinoamericano, que terminó siendo instalado en Bogotá. Su fin es ser órgano de contacto y colaboración de las conferencias episcopales de América Latina.

La segunda conferencia general se realizó en Medellín, 1968. Su objetivo principal fue la aplicación del concilio Vaticano II al subcontinente. La conferencia significó la maduración de la conciencia social de la Iglesia latinoamericana. Denunció la escandalosa injusticia social la cual la describió como una violencia institucionalizada. Además de ello, se reflexionó sobre diversos temas pertinentes a la vida y pastoral de la Iglesia.

La tercera conferencia general del episcopado se efectuó en Puebla, 1979. Tuvo por tema: evangelización en el presente y futuro de América Latina. Una de sus conclusiones fue la opción preferencial por los jóvenes.

La cuarta conferencia general del episcopado tuvo por sede Santo Domingo, 1992. Se aprovechó la ocasión de la celebración de los 500 años de la llegada del Evangelio a América y en una ciudad del Caribe donde se tuvo la primera experiencia de evangelización y donde se empezó la lucha por los derechos del nativo americano. La conferencia se centró en la nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana, Jesucristo ayer, hoy y siempre.

## La primera conferencia general del episcopado centroamericano se lleva a cabo en Río de Janeiro

Para la quinta conferencia se volvió nuevamente a Brasil, esta vez en Aparecida, 2007. El documento conclusivo ya ha sido aprobado por el papa Benedicto XVI, y se

tiene el reto de hacerlo realidad en la vida eclesial, en avivar la conciencia de que todos somos discípulos y misioneros de Cristo. Aquí se ve con claridad la diversidad cultural de nuestra región puesto que se habla de América Latina y el Caribe.



BSCAM

# Para que nuestros pueblos en Él tengan vida

---

ROLANDO ECHEVERRÍA

---

La V Conferencia del Episcopado latinoamericano es un llamado a la vida, a acoger la vida plena que se nos ofrece en Jesucristo, y a ofrecerla y propagarla entre nuestros hermanos. No es de extrañar, entonces, que el documento sea un canto a la vida, la verdadera, la que nace de Dios, el Creador. Muchas de sus declaraciones asumen un tono profético de proclamación de fe: *La gran novedad que la Iglesia anuncia al mundo es que Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, la Palabra y la Vida, vino al mundo a hacernos "participes de la vida divina (2Pe 1,4), a participarnos de su propia vida. Es la vida que comparte con el Padre y el Espíritu Santo, la vida eterna (Nº 362).*

Una nota a destacar en el documento es la alegría. Más que una tarea o una obligación, ser discípulos y misioneros es un don de Dios para compartir, una gracia que produce

honda alegría. Hay una frase que merece ser transcrita, pues es expresión del llamado a la alegría que se desborda en el documento: *Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo (Nº 32).*

La alegría va de la mano con el optimismo, ambos signos de vida. No se trata, sin embargo, de un optimismo ingenuo. Todo lo contrario, pues los obispos reconocen con todo realismo y denuncian con claridad los múltiples males que aquejan a los pueblos y a la Iglesia en el vasto continente. Las situaciones difíciles, las grandes amenazas, los graves males que afligen al continente son vistos más bien como desafíos para la evangelización. El documento no es descalificador ni timorato, ni lanza anatemas al progreso o a las novedades y cambios culturales. No se lamenta ni llama al repliegue

por el momento histórico que está viviendo el continente, pues lo juzga todo desde la fe. Reconocen los obispos que estamos ante un cambio de época, que conmueve tanto a las instituciones como a la esfera de las ideas y de los valores, incluidos los religiosos. Con la fe puesta en Dios, conductor de la historia, quiere descubrir las "semillas del Verbo" presentes en toda cultura y, a partir de ahí, anunciar con esperanza y con entusiasmo al Señor de la Vida.

Con mucho realismo, el documento señala la encrucijada histórica en que nos encontramos: *Hoy se plantea elegir entre caminos que conducen a la vida o caminos que conducen a la muerte (Nº 13).* Signos positivos de caminos que llevan a la vida se descubren en actitudes como la valoración de la subjetividad, la búsqueda del sentido de la existencia, la estima por la familia, el respeto creciente de los derechos humanos, la atención a las minorías,

el amor por la tierra, el aprecio por la naturaleza, la apertura a la trascendencia... También pueden ser elementos positivos y generadores de vida fenómenos actuales como la globalización, las novedades proporcionadas por la ciencia y la tecnología, el auge de los medios de comunicación modernos, con tal que sean factores que se pongan al servicio de la persona y de todas las personas, no sólo de una clase o grupo social. Por otro lado, se destacan fenómenos que, por el contrario, generan una cultura de muerte, como las diversas formas de exclusión social, el relativismo y subjetivismo, la crisis de sentido, la fragmentación de ideas y valores, la exasperación del valor del individuo, la avaricia del mercado que quiere invadirlo todo, la desintegración de la familia, la crisis social causada por la violencia, la criminalidad, la corrupción, la amenaza a la ecología, etc. La opción por la vida exige una lucha frontal contra el pecado y sus expresiones: *Con el pecado, optamos por un camino de muerte* (Nº 365).

La alegría y el optimismo se combinan bien con el humanismo. El documento sabe reconocer la bondad de las realidades humanas presentes en la idiosincrasia de los habitantes del continente: *Alabamos a Dios por el don maravilloso de la vida y por quienes la honran y la dignifican al ponerla al servicio de los demás; por el espíritu alegre de nuestros pueblos que aman la música, la danza, la poesía, el arte, el deporte y cultivan una firme esperanza en medio de problemas y luchas* (Nº 121). Apreciar, pues, tales valores es también un distintivo del discípulo y misionero, pues Dios ama nuestra felicidad también en esta tierra (Nº 369).

En esa misma línea, la V Conferencia no se ahorra términos y expresiones para subrayar el valor de la persona, dignificada por su origen divino y

## Elegir entre caminos que conducen a la vida o caminos que conducen a la muerte



BSCAM

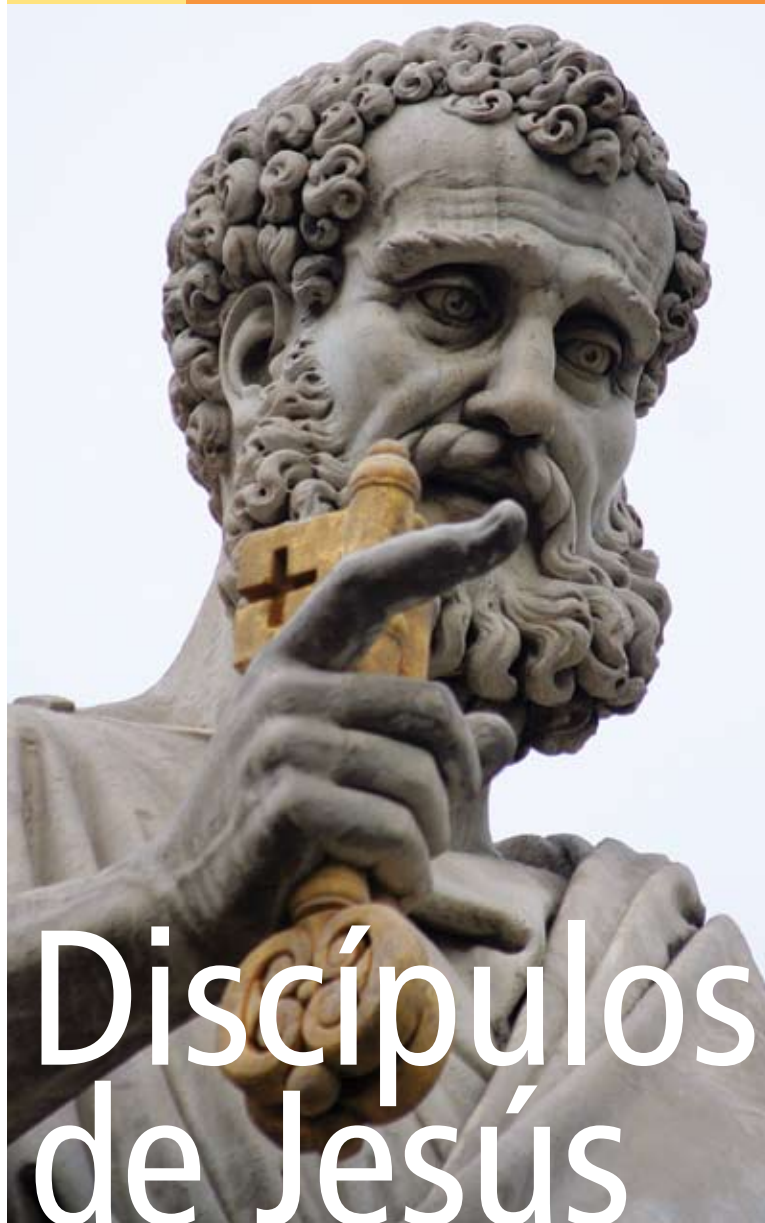
por la obra de la redención realizada por Cristo, el Hijo que asumió nuestra humanidad. Al respecto los obispos insisten en la necesidad de regirse por la ética ante los cambios culturales y ante el desarrollo técnico-científico, ante el mercado y la expansión del comercio. De ahí que aboguen por una globalización diferente, *marcada por la solidaridad, por la justicia, por el respeto a los derechos humanos* (Nº 64). En este ámbito de los derechos de la persona se asume como un deber del creyente la defensa de los más débiles: los pueblos indígenas, los afroamericanos, los niños, los ancianos, la mujer... Lamentablemente el documento constata las graves desigualdades que caracterizan al continente, escándalo inadmisibles para una sociedad que se dice cristiana. Donde el ser humano ve impedido su pleno desarrollo, a causa del egoísmo, la explotación, la exclusión, la falta de solidaridad, no puede reinar Cristo: *El Reino de vida que Cristo vino a traer es incompatible con esas situaciones inhumanas* (Nº 372).

Consciencia del don recibido, entusiasmo, optimismo por ser portadores

de la Vida, son realidades que empujan a la Iglesia latinoamericana a *mirar al futuro con esperanza y alegría* (Nº 143). Todos sus miembros han de sentirse llamados a proclamar con valentía y con renovado vigor la Buena Noticia que los pueblos latinoamericanos esperan: *Nuestros pueblos no quieren andar por sombras de muerte; tienen sed de vida y felicidad en Cristo. Lo buscan como fuente de vida* (Nº 364). Toca a los creyentes tomar consciencia de su identidad de discípulos misioneros del Señor de la Vida, para testimoniarla y anunciarla con energía y creatividad. Por eso el documento nos advierte sobre una amenaza muy presente en la sociedad actual: *“La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad”... un cuidado enfermizo de la propia vida atenta contra la calidad humana y cristiana de esa misma vida* (Nº 374).

Siguiendo el ejemplo de María, discípula y misionera, se nos invita al compromiso por la propagación de la Vida: *Necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo* (Nº 376).





# Discípulos de Jesús

MARIO FIANDRI

La V Conferencia del Episcopado Latinoamericano, realizada en Aparecida (Brasil) en mayo pasado, tenía como tema de la reunión de los Obispos y como programa para todos los católicos «Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos -en Él- tengan vida».

## ¿Qué significa ser "discípulo de Jesucristo"?

"Discípulo" es una palabra y una categoría fundamental y ocupa un puesto central en el Nuevo Testamento. En el NT, el sustantivo "discípulo" aparece 261 veces. No solamente: el discipulado fue un elemento central en el ministerio de Jesús. De hecho, el camino de Jesús de Galilea a Jerusalén y su ministerio público resultan impensables sin la

compañía de sus discípulos: el discipulado es, pues, algo así como la primera institución que surge de la predicación del Reino; Jesús empezó a realizar el Reino que anunciaba llamando a su seguimiento a unos "discípulos".

## Originalidad del discipulado cristiano

Jesús hace saltar el marco que es constitutivo para los sabios, los filósofos griegos o los rabinos judíos, se diferencia en una serie de puntos de lo que era la práctica usual de aquellos tiempos y le da a la relación maestro discípulo su propia forma y su propia impronta, y un carácter totalmente nuevo, al llenarlo de sentido a partir de la relación personal con el mismo Jesús.

- Ante todo, mientras en las escuelas griegas de filosofía y en el judaísmo rabínico eran los discípulos quienes escogían la escuela y el maestro, aquí pasa algo nuevo. La novedad de Jesús es que Él llama por propia iniciativa y lo hace con autoridad: "No me eligieron ustedes a mí; fui Yo quien los elegí a ustedes". La relación de Jesús con sus discípulos comienza con una llamada, con una propuesta personal.

- En segundo lugar, Jesús no se sitúa respecto a sus discípulos en una simple "relación de docencia", de la cual ellos hubieran podido salir a su vez como maestros, sino que ser discípulo supone y significa seguimiento del maestro con una entrega sin reservas de toda la existencia y para toda la vida. Ser discípulo consiste en "seguir a Jesús", "ir detrás de Él", "estar con Él". Los relatos de los evangelios sobre discípulos difieren en muchas cosas; existe, no obstante, una coincidencia fundamental: todos estos relatos reconocen que la relación de Jesús con sus discípulos estuvo determinada por un encuentro inicial en el que fueron invitados a seguirlo; y el verbo «seguir» ocupa un lugar

central para designar la relación vital, dinámica y personal con Jesús, porque “ser discípulo” no es sólo un proceso intelectual, en el cual uno se apropia una enseñanza de su maestro, sino un proceso vital y personal que significa recibir al mismo Cristo y aceptarlo: porque lo que se aprende debe ser seguido, y lo que se sigue debe ser amado, tanto como para inferir que el discípulo es el seguidor de su maestro porque Él es su camino, y que lo ama porque Él es su vida.

- No sólo: ser discípulo significa abandonar -en el seguimiento de Jesús- la existencia de antes y empezar -en Él- otra existencia, totalmente nueva. El que acepta la nueva llamada renuncia a su vida de antes. Esto no es una condición previa que apremie, sino una consecuencia lógica. Se trata de una nueva decisión de vida; se trata de responder al llamamiento de Jesús con un nuevo ajuste de toda la existencia humana en la obediencia. El discipulado apunta a una conducta y a una actuación correspondiente, a una orientación fundamentalmente nueva de la existencia humana, en la fe y la conversión.

### Radicalidad del discipulado cristiano

Concretamente, el seguimiento de Jesús exige una ruptura radical, con la invitación a dejar las redes, a abandonar al padre, a dejar la barca, a levantarse del mostrador de impuestos, a vender las propiedades, incluso a ‘dejar de enterrar al propio padre’ (una radical advertencia: «dejen que los muertos entierren a sus muertos» que no tiene paralelos en el judaísmo del tiempo de Jesús y es un ejemplo de la llamada de Jesús a ir incluso contra algunos mandatos de la ley por causa de Él). Todas ellas son actitudes que apuntan en una misma dirección: renunciar a su antigua condición, realizar una ruptura con el contexto vital inmediato y lanzarse a una nueva

## El seguimiento de Jesús exige una ruptura radical

aventura en donde la existencia empezará a definirse a partir de un nuevo cuadro referencial de valores; desinstalarse y dejar o relativizarlo todo: familia, bienes, costumbres... para seguir al Maestro, hasta la radical negación de sí mismo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”.

Todo esto con una motivación y una finalidad concreta, única y definitiva: hacer de Jesús el único absoluto. La relación maestro discípulo con Jesús no se reduce tan sólo a una relación de enseñanza y aprendizaje intelectual, sino que implica comunión de vida y asimilación de un estilo y de un destino comunes. Esta renuncia radical que es pedida a los discípulos tendrá entonces para su vida varias implicaciones:

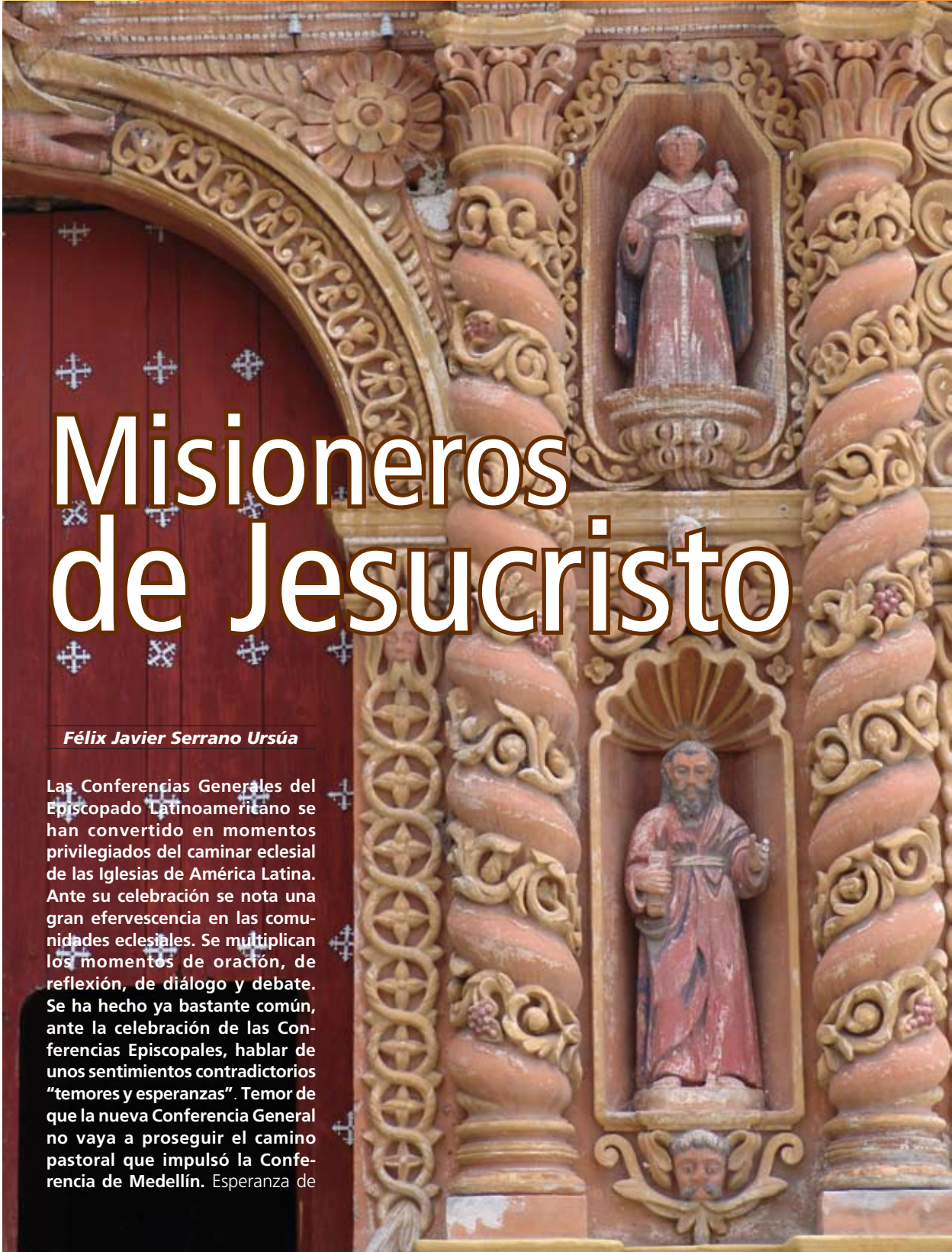
1. Su vida será regida por una nueva jerarquía de valores, donde el amor de Jesús iluminará todo y pondrá cada cosa en su debido lugar y grado de importancia;
2. Será llevado a descentrarse de sí mismo y sus apegos y secretos compromisos para centrarse solamente en Jesús y su seguimiento;
3. Vivirá en un constante discernimiento, buscando a cada rato y a cada paso la opción mejor, más adecuada y más ajustada al querer de su Maestro;
4. Y todo eso lo conducirá a una nueva disponibilidad, incluso a dar su propia vida. La respuesta del discípulo, por tanto, no corresponde a un saber intelectual, sino que es su vida misma, porque el discípulo de Jesús es alguien que escucha y res-



ponde con la vida, con una actitud totalizante, que exige la vida entera de aquel o aquella que quiere seguir a Jesús.

Este cambio radical de vida está lejos de ser una actitud provisoria o superficial que dura mientras el discípulo no llega a ser maestro. Del principio al fin no hay más que un Maestro, Cristo. Por eso, la vinculación de los discípulos a su maestro Jesús es una opción existencial y fundamental de vida, con una actitud vital que consiste en estar dispuestos a compartir su estilo de vida y su destino y vivir como él vivía y compartir su suerte hasta el final, decididos a vivir y morir por Él. Ser discípulo significa llegar a tener “los mismos sentimientos de Jesucristo” o sea sus valores y sus aptitudes en una progresiva y radical identificación, en un verdadero proceso de cristificación que determinará un nuevo estilo de vivir y de actuar, para ser “otro Cristo”; para hacer del proyecto de vida de Jesús su propio proyecto de vida, y -así- ser testigo vivo de Cristo





# Misioneros de Jesucristo

*Félix Javier Serrano Ursúa*

Las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano se han convertido en momentos privilegiados del caminar eclesial de las Iglesias de América Latina. Ante su celebración se nota una gran efervescencia en las comunidades eclesiales. Se multiplican los momentos de oración, de reflexión, de diálogo y debate. Se ha hecho ya bastante común, ante la celebración de las Conferencias Episcopales, hablar de unos sentimientos contradictorios “temores y esperanzas”. Temor de que la nueva Conferencia General no vaya a proseguir el camino pastoral que impulsó la Conferencia de Medellín. Esperanza de

que los obispos latinoamericanos, en sintonía con sus respectivas comunidades, se comprometerán más con la historia de nuestros pueblos latinoamericanos, en el esfuerzo por lograr condiciones de vida más humanas y desarrollo integral.

La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano se celebró en el santuario mariano de Aparecida (Brasil) del 13 al 31 de mayo del 2007. El tema de dicha Conferencia era de por sí muy prometedor: "Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en El tengan vida". Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6). Ya en el título están enunciados los ejes fundamentales de la Conferencia de Obispos: Discípulos y misioneros de Jesucristo – nuestros pueblos – tengan vida. El Documento Conclusivo es bastante bueno y ofrece suficientes elementos para que

Jesucristo (DAp 14). La Conferencia de Aparecida opta por un cristianismo de calidad, que tenga su base en una experiencia fuerte de encuentro con Jesucristo, que suscite seguimiento de la propuesta de vida de Jesús y dinamismo misionero en todas las circunstancias de la vida y con todas las personas. Se desea superar el cristianismo típico del "practicante", que se contenta con cumplir algunas prácticas puntuales, que no involucran la totalidad de la vida y sustituir por un cristianismo de "discipulado", de seguimiento de Jesucristo que comprometa la totalidad de la vida.

Jesucristo, con sus palabras y acciones, con su muerte y resurrección inaugura en medio de nosotros el Reino de vida del Padre (DAp 143). "Al llamar a los suyos para que lo sigan les da un encargo bien preciso: anunciar el evangelio del Reino a

evangelizadora debe pasar de "persona a persona, de casa en casa, de comunidad a comunidad" (DAp 550). Es importante destacar esta iniciativa, pues busca ir a los lugares mismos en donde se encuentran las personas que necesitan la evangelización, sin esperar que éstas lleguen a los templos, pues difícilmente lo harán.

La misión de la Iglesia y de los discípulos ha de ser portadora de vida, vida en plenitud, realización plena de las personas y sociedades. La misión ha de ser comunicadora de vida, no solamente de doctrina, de conocimientos y de ritos. La misión de los discípulos está al servicio del Reino de Dios, de la promoción humana, de las familias, de la vida, de la cultura y del orden justo internacional (DAp, Tercera Parte, nros. 347-546).

## Los obispos reunidos en Aparecida están tan conscientes de la importancia de la misión, que proponen la realización de una gran misión en todo el continente para los años venideros (DAp 551).

nuestras Iglesias Latinoamericanas crezcan en los próximos años.

Los obispos en Aparecida señalan que la Iglesia debe abandonar temores y pesimismo, repensando su misión ante las nuevas situaciones latinoamericanas y mundiales (DAp 11 y 13). La propuesta de Aparecida está claramente indicada desde la introducción de su documento. Se desea superar concepciones y prácticas del cristianismo puntuales, fragmentarias, parciales, selectivas o concepciones del cristianismo que lo reducen a principios doctrinales o morales (DAp 13). En cambio, se ha de propiciar una experiencia fuerte de encuentro con Jesucristo, que conduzca a las personas a ser discípulos y misioneros, que comuniquen el don que han recibido de

todas las naciones (Cf. Mt 28, 19; Lc 24, 46-48). Por eso todo discípulo es misionero" (DAp 144). El discípulo misionero ha de ser una persona que hace visible el amor misericordioso de Dios, especialmente a los pobres y pecadores (DAp 147).

El texto de Aparecida quiere relanzar el dinamismo misionero de la Iglesia, que observa el crecimiento de los grupos cristianos evangélicos y de múltiples movimientos religiosos de diversa procedencia. Para ello sugieren los obispos, en primer lugar, mejorar la calidad de la vida cristiana de nuestras comunidades para que las personas no necesiten buscar en otros grupos religiosos lo que pueden encontrar en la Iglesia Católica (DAp 225-226). Proponen además los obispos que la misión

El camino que proponen los obispos en Aparecida es claro: cristianos concientes, cristianos que viven integralmente la experiencia de la fe, cristianos que testimonian y difunden la fe (DAp 278). Tenemos que romper nuestras propias cercas eclesiales y parroquiales y salir hacia fuera para que Jesucristo y el Reino de Dios lleguen a todas las personas, no únicamente a un grupo reducido de practicantes, para que las realidades humanas sean transformadas desde dentro por la fuerza del evangelio.

El catolicismo de nuestros países necesita reforzarse de este espíritu y dinamismo misionero, que nos haga salir de nosotros mismos y comunicar la esperanza y vida que hemos recibido de Jesús en la comunidad cristiana.

